

res se complacían, por decirlo así, respecto á la racionalidad de las indios, un sentimiento penoso se apodera del hombre moderno, sin que su voluntad lo pueda resistir. El humano y benéfico padre Las Casas hubo de poner á prueba sus recursos dialécticos para persuadir á los hombres de su tiempo, mistificados por las múltiples variedades esporádicas de la raza americana y por su alejamiento del antiguo mundo, que ellos suponían inmenso y eterno, de que en efecto pertenecían á la especie humana aquellas tribus, en cuyo seno, bajo la tosca cubierta de la barbarie, podían percibirse las líneas que los unificaban con sus semejantes, resplandeciendo en el fondo de su sér la ciencia y la razón, el instinto simpático, los elementos vitales del discurso; y cuya identidad por fin, con el resto de la especie se revelaba en la palabra, signo de alta superioridad moral y fisiológica, que dice la gloria de la criatura racional.

Un severo pontífice se vió obligado á decidir la opinión del siglo XVI, declarándolos racionales y capaces de ser admitidos á los sagrados ritos de la Iglesia. Aquel sentimiento de fraternidad, que irradia de la primera página del *Génesis*, que atrae hoy los sufragios de la ciencia y siempre ha satisfecho las aspiraciones del corazón; sentimiento que palpita en la historia, y que se demuestra, si demostración necesitara, al contemplar la elevación gradual y constantemente análoga del hombre en la concepción de lo bello; que estalla principalmente

cuando colocados en la cumbre de los tiempos asistimos á la revolución provocada en las conciencias por el cristianismo, elemento sobrenatural del progreso, viendo entonces al egipcio como al griego, al goda como al romano, recibiendo una ley común y aceptando el mismo tipo de perfección moral; aquel sentimiento, por fin, en que reposa la suma de nuestras esperanzas en la vida y más allá de la muerte, pareció fuerza para dominar el espíritu de la conquista en presencia del indígena del Nuevo Mundo.

También con relación á este hecho, como á todos los extravíos de la mente, rebelde contra el sentimiento íntimo, y contra las soluciones bíblicas, ha venido la ciencia á confirmar las verdades consoladoras, enseñadas en el más antiguo de nuestros monumentos históricos. Ella ha examinado los cráneos y las tintas de las razas americanas, partiendo del doble criterio que con Buffón, Blumenback y Camper, refieren las variaciones de la especie á la acción del clima, de los alimentos, y de la inteligencia y la sensación sobre el sistema general; y con Cuvier y Lacepede, la atribuyen al cataclismo, que despobló la tierra y alteró sus condiciones naturales. Ella ha seguido el curso de las lenguas, su conformación, su analogía y afinidades; y ha descifrado los jeroglíficos misteriosos de los pueblos cultos, interrogando á la vez sus tradiciones y las de las razas nómades ó sedentarias, pero salvajes, que poblaban el Nuevo Mundo desde el Labrador hasta la Patagonia.

Las razas americanas han sido reducidas á ocho, que colocadas por su orden etnográfico, son las siguientes: 1.º La roja, 2.º la californiana, 3.º la mejicana, 4.º la caribe, 5.º la guaraní, 6.º la peruana, 7.º la pampa, 8.º la araucana; diversidades de un origen común, que puede haber sido modificado por mezclas sucesivas de pueblos emigrantes. La corriente de población, producida en la América de norte á sud, es una hipótesis igualmente abonada por indicaciones geográficas, por analogías fisiológicas y por las antiguas tradiciones indígenas. El hombre americano, sin subir hasta la escala más perfecta de la civilización, recorre sin embargo una abundante graduación en ese sentido, y más ó menos manchadas con torpes supersticiones, se encuentran en su conciencia nociones religiosas é históricas que les son comunes. La creación y el diluvio destacan con luz especial en estas ideas primitivas, de donde á la vez se infiere su comunidad de origen, y su partida del antiguo mundo. Por lo que respecta á la filosofía, así como la ciencia ha encontrado el lazo que une el tipo americano á la raza roja, así ha descubierto el que junta los mil doscientos idiomas y dialectos del continente y á las islas al sistema científico, que clasifica las lenguas en tres grupos: lenguas simples, lenguas por flexión, lenguas por aglutinación. Las americanas conservan constantemente un carácter peculiar y pertenecen á este último grupo. La vecindad de la América occidental con el Asia oriental, en el extremo norte de ambos con-

tinentes, y con la Europa septentrional, por el estrecho de Davis, no permite dudar que en épocas remotas el mundo antiguo comunicara con el moderno, y aún las hipótesis han llegado poco después de las conquistas, hasta suponer la presencia de algunos de los apóstoles de Jesús, en estas regiones en el primer siglo de la Iglesia, San Bartolomé en Méjico, y Santo Tomás en el Brasil y Guayrá. Según Buffon, los tártaros orientales habrían sido los progenitores de nuestra población originaria, y su procedencia asiática es una opinión que cuenta hoy con el sufragio casi unánime de la ciencia. En qué tiempos se realizaron las primeras emigraciones, qué elementos pueden haber introducido otras razas, son misterios, cuya remota antigüedad no ha permitido á la ciencia analizarlos definitivamente. El brillo de los conocimientos ha humillado la arrogancia de los hombres, que desdeñaban abrir sitio á los indígenas de América, en las filas de la criatura racional, sin reparar en que rodeaban su espíritu con la vaguedad del vacío al romper las tradiciones del mundo moral.

Diseminadas por el vasto continente, las naciones bárbaras en su gran mayoría habían perdido de vista el punto de partida de la conciencia. El sentimiento religioso era absorbido por las relaciones del mundo físico; y arrancados los hombres del centro de la idea, vagaban sin rumbo y dormían descuidados sobre el abismo de la indolente ignorancia. Raros destellos de

civilización, sin embargo, se conservaban en dos sociedades igualmente dignas de estudio, debido tal vez á su concentración bajo formas sociales, que les había permitido fomentar gérmenes, que otros pueblos menos felices, esparcieron en las aventuras de su vida nómada, ó en la dolorosa odisea del vencido que se lleva su patria encerrada en su corazón, hasta que el diluvio de la barbarie borra sus últimas huellas.

No obstante, la tendencia ingénita de la sociedad congregaba las tribus en sociedades embrionarias, á las cuales no era extraño el principio de la autoridad, sanción natural del instinto que atrae unas hacia otras las criaturas que piensan y que aman, las únicas á quienes la Providencia ha constituido impotentes en presencia del mundo físico, sin duda para desenvolver por altísimos caminos el principio simpático, atesorado en su alma. A esta última categoría pertenecían las naciones que ocupaban el territorio argentino; pero, permitidme que antes de entrar en esa materia, me detenga, distrayéndome de mi objeto principal, á exponer una ligera reseña de las naciones semi-civilizadas y regulares, que cayeron bajo el poder de las armas españolas, sacrificando en su ruina un orden social, un gobierno, una cultura y una historia. Me refiero á Méjico y el Perú.

IV

La confederación de Anahuac, señores, teatro del apogeo y decadencia de diversas razas; cuna de la civilización de los toltecas, éscena de las usurpaciones y progresos de los mejicanos, centro á la vez de la cultura más desenvuelta, de la filosofía, de las artes y de las letras de Tezcuco, cayó rendida de cansancio, bajo la espada de los conquistadores españoles, fabulosamente heroicos, y arrasada por la inundación de la fuerza y los resplandores de una civilización inmortal y fecundante. Entre las ideas y las prácticas religiosas de los mejicanos, entre su culto bárbaro y su política aventajada, entre sus hechos económicos y su despotismo civil, entre su ciencia, que alcanzaba el más alto grado á que llevaron la astronomía los pueblos del antiguo oriente, y las formas groseras de expresión con que revestían su pensamiento, media tal antagonismo, que su examen autoriza á inferir que aquella cultura era herencia de la raza despojada y fugitiva, que llevó consigo á las regiones de la América central las semillas ahogadas bajo la opresión de la desventura, sujetos á idénticas desgracias que sus dominadores, que temblaban con Moctezuma bajo las amenazas proféticas de Quetzalcalt, y luchaban febricitantes, mas sin éxito, con Guate-

mozín, última encarnación heroica de la antigua nacionalidad mejicana.

El imperio mejicano venía á ser una monarquía electiva con ciertas formas feudales, que no alcanzaban á descentralizar el gobierno, pero que era suficiente para templar la arrogancia del monarca. Este no subía al trono, sino por elección de delegados de la nobleza, que lo escogían en la familia real, pesando sus calidades para el gobierno de un pueblo guerrero, que amaba la conquista como su propio y natural elemento de grandeza. Los mejicanos se habían establecido en el valle de Anahuac, sobre las ruinas del rudo Chichimeca, conquistador á su vez de los antiguos toltecas, primeros emigrantes del norte, que poblaron aquellas fecundas y privilegiadas regiones, en que la naturaleza ha agrupado como en el Perú infinita variedad de temperaturas y de climas. Una serie de buenos monarcas, en quienes residía toda la soberanía legislativa, había explotado estos recursos, y la agricultura, lo mismo que el comercio interior libremente ejercidos, habían desenvuelto prósperamente la riqueza pública. Una moneda primitiva bastaba para facilitar sus sencillas transacciones. Manufacturas fabricadas de metales con admirable destreza, tejidos de pluma y telas de lana y algodón, la bebida fermentada y el papel, elaborados con el jugo y con las fibras maguey, plantas y animales, además de los granos alimenticios, componían el comercio de Anahuac, protegido y estimulado por las leyes y

honrado por las costumbres, que condecoraban á los que empleaban su vida en tan útil profesión. Los caminos y los correos comunicaban rápidamente todos los puntos de la confederación y las crónicas de la conquista semejan una leyenda fantástica, cuando describen sus ciudades y su opulenta capital, con sus techos cubiertos de preciosos minerales, sus calles limpias y despejadas, sus edificios espaciosos, sus grandes palacios y sus estupendos teocaltos; cuando refieren los bazares periódicos de Tecnotitlan, nos pintan sus jardines botánicos y zoológicos, los primeros que haya conocido el mundo, donde se ostentaban las vegetaciones de todos los climas, las flores de las altas cumbres, las frutas de los valles, las fieras de los bosques y las aves de su cielo, donde leían ya la profecía de su ruina y el tremendo anatema de su dios proscrito; y cuando se pasman, por fin, en presencia de las islas flotantes del gran lago, pedazo de patria, y hogar del labrador mejicano, debido á su propio arte, y en el cual encerraba su familia y su riqueza, y navegaba contando las hazañas de sus antepasados ó las glorias terribles del Marte mejicano. Este pueblo guerrero y laborioso, que tenía su industria, su escritura jeroglífica, sus ciencias naturales, su cronología, su orden social arraigadamente establecido, su administración de justicia, perfeccionada sin duda por el pueblo confederado de Tezcucó, pero no inferior á su grado de civilización, que tenía su elocuencia y su oratoria, conservaba entre tanto la esclavatura, y

practicaba la brutal liturgia del canibalismo religioso. En los días horribles del sacrificio resonaba desde la cumbre del templo el siniestro tambor de pieles de serpiente, batido por la mano del sacerdote, y las víctimas humanas bárbaramente sacrificadas sobre el ara hedionda, eran servidas al pueblo en agapes sacrílegos y fratricidas. Más feliz Tezcuco, y mejor dispuesto para seguir la lógica de su dogma común, su nombre está limpio de este sello repugnante. Aztecas y tezcucanos invocaban el Dios espíritu invisible é incorpóreo, de perfecta perfección y pureza, — mas esta noción no se desenvolvía en la conciencia del mejicano, con la irradiación armónica de la inteligencia y del sentimiento, que eleva el alma en el culto puro de la divinidad. — La acción de Dios sobre la creación es el escollo de la religión natural y el punto en que se chocan el instinto de la Providencia, con la idea de la perfección é inmortalidad de Dios. El entendimiento es inflexible por su impotencia para sobrepasar ciertos abismos de la lógica. La historia del culto inconsecuente de los mejicanos, es la del origen de todo politeísmo; el ansia del sentimiento religioso por buscar una solución á este gran problema, que se desprende viva y cumplida del seno del Evangelio. El hombre ha buscado seres intermedios entre el Dios inalterable y la Providencia, que su razón sólo concibe movable, sujetando los fenómenos superiores al modelo relativo de los que caen bajo el dominio de la observación. A esos dioses tremendos

apacaba el mejicano con el sacrificio sangriento de sus esclavos, que devoraba en seguida, mientras que el prudente tezcucano afrontaba con heroica resignación la tormenta de su alma, la derrota de su razón impotente, y su conciencia herida y torturada buscaba consuelo entregándose en brazos de la esperanza que le sonreía; como una estrella que se vela entre las nubes, levantando un templo al *Dios desconocido, causa de las causas*, que no aceptaba por holocausto sino los perfumes y las flores de la pradera. Este rasgo de elevación moral basta para marcar la superioridad de entendimiento del tezcucano, sobre sus poderosos aliados. Tezcuco era, en efecto, el centro de la ilustración de aquella raza, los jóvenes mejicanos iban á su capital para estudiar su lengua en los modelos vivos; una academia organizada y en la cual tenían asiento los más preclaros ingenios del país, se encargaba de promover de día en día mayores progresos, entusiasmo extraordinario, que le ha valido á Tezcuco el dictado de Atenas del Nuevo Mundo, con que lo condecora el más ilustre de los historiadores de Méjico, G. Prescott. No desdeñaban sus monarcas ni sus nobles deponer las armas para entregarse á la dulce gloria de las letras, y entre abundantes fragmentos de sus oradores y poetas, nos es conocido el canto religioso de su gran rey Nezahualcoyotl, en que combatido por vacías ilusiones y los amargos desencantos de la tierra, se eleva buscando reposo á mejores regiones, en alas de la melancolía y de la inspi-

ración, y bebiendo en los manantiales de la poesía estalla su lira en estos acentos: «El grande, el sabio, el hermoso, y el valiente ¿dónde están?... Aspiremos á ese cielo donde todo es eterno é incorruptible. Los horrores de la tumba no son más que la cuna del sol, y las negras sombras de la muerte, brillantes antorchas para los astros!»

La civilización peruana no es menos original que la cultura azteca, y aunque en cierto sentido aparece menos avanzada, el espíritu de dulzura que en general lo impregna, la concilia mayor copia de simpatía, sobre todo en las generaciones presentes, educadas en un orden de ideas empapadas en la veneración del hombre y su derecho. El aspecto material del Perú, ó *Tavantansuyo*, nombre con que sus moradores lo designaban, debió sin duda sorprender á los conquistadores y halagar el espíritu avaro de los aventureros vulgares, que acompañaban á los héroes, con la estupenda prosperidad que les revelaba. Entendido en aquel arte por cuyo intermedio los pueblos semi-civilizados, comienzan á dar formas al sentimiento de lo bello, los peruanos ostentaban monumentos de arquitectura, esparcidos en los vastos territorios que dominaban. Principalmente en el Cuzco, la ciudad del Inca y la ciudad del Sol, los innumerables palacios de sus monarcas y los santuarios de sus divinidades, eran á la vez el centro de la riqueza y el más espléndido reflejo de su genio artístico. Las varias moradas de cada soberano eran es-

crupulosamente cerradas á su muerte, para esperar la vuelta del hijo de la deidad; y los dioses extranjeros venían á hospedarse en nuevos templos, cuando la tribu que les prestaba adoración era sometida al dominio de aquella raza, que absorbía los pueblos y les infiltraba su civilización con una perseverancia, que encuentra pocos ejemplos en la historia, y una habilidad, cuyos modelos son aun muy escasos. Esta doble costumbre, que se ligaba con sus creencias religiosas y con su sistema político, venía á producir el progreso permanente de las artes plásticas,—por la consagración monumental de las glorias y de las preocupaciones nacionales. Los acueductos artificiales, los grandes caminos, abiertos á veces en una prolongada distancia sobre la roca viva; los medios de comunicación, cuyo original sistema, estableciendo las postas en un tiempo en que la Europa no las conocía, tenía en relación inmediata todas las partes de sus vastas regiones, y hacía recorrer los órdenes del monarca distancias de más de cien millas en cada veinticuatro horas; los puentes lanzados sobre el abismo, pendientes de gruesos cables de manguy, que aseguraba en cada orilla del río sobre grandes estribos de piedra; el tinte científico de sus costumbres agrícolas, tan prudentemente establecidas, que explotaba sin excepción la fecunda variedad de los climas reunidos en su territorio, merced á las diversas elevaciones del suelo, y llegaban por recursos artificiales, que hoy no ponen en práctica sus

descendientes, hasta neutralizar la esterilidad de los terrenos pedregosos, cubriéndolos con capas de tierra vegetal, que mejoraban con los abonos, sistema que conocían como el mejor agricultor de nuestros días; la abundancia, en fin, revelándose por todas partes, la supresión absoluta de la pobreza, azote desconocido entre los peruanos antes de la conquista; la fabulosa suntuosidad de sus templos y de sus palacios; todo esto, digo, sorprendía el ánimo del aventurero, y se presentaba como la forma eterna y palpable de una civilización vigorosa, desarrollada y vivaz. Era, en efecto, que un sentimiento primitivo de la divinidad, conservaba la vida de aquellos pueblos, desenvolviéndose en la política y las costumbres, con la energía y los vicios funestos, que son inherentes á las teocracias. La cuna de los Incas, conquistadores de los primeros habitantes del Perú, se sumerge con la de la raza que dominaron, más allá de los horizontes de la historia, y no ha llegado hasta nosotros, sino envuelta en los vapores de la fábula, que perturban con su esencia vertiginosa.

Los hijos del Sol, con el alma impregnada por la fuerza del eterno luminar, aparecieron sobre la tierra, buscando el sitio que devorara la espiga de oro que su padre les entregó, y al encontrarlo, echaron los fundamentos de su capital y de su imperio. Constituyeron así la raza de los Incas, que se mezcló en el curso de cuatro siglos con salvajes de origen, de creencias y de lenguaje distintos, sin perder jamás su originalidad

personal, sin que su tipo moral y físico se confundiera con la muchedumbre, ni con la porción escogida de los *curacas*, señores de las tribus conquistadas y tributarias del Hijo del Sol. Como la raza sacerdotal del Egipto, como los bretones conquistadores de la Inglaterra, así pasaban los Incas por la vida social, por la guerra y por la conquista, sin confundirse jamás, y lo que constituye la originalidad de la civilización peruana, sin haber de recurrir al terror ni á la coacción para preservar de menoscabo una veneración, que se apoyaba, por común consentimiento de la nación, en su propio origen divino, en las creencias presentes y en los futuros intereses del imperio. Ella comunicaba su lengua al conquistado, única cesión que le hacía para dar unidad á la nación; y á cambio de que éste se prosternara ante la gran divinidad peruana, admitía como huésped en su ciudad santa los dioses proscriptos de la conciencia del vencido. Aunque los peruanos concebían la espiritualidad de Dios, reverenciado en esta noción pura bajo el nombre de Pachacamac y Viracocha, su religión práctica, conservada acaso por la utilidad sensible, que la raza escogida sacaba de ella como fuente de poder, consistía en la adoración del Sol, cuya fiesta se celebraba con una liturgia complicada y majestuosa, y al cual aplacaban con holocaustos, sin que jamás incurrieran en el canibalismo religioso ni en los sacrificios humanos. En la gran fiesta de Raymi encendían el fuego anual, conservado por las vírgenes del

Sol, entre las cuales escogía el monarca sus concubinas, mas no su principal esposa ó *Coya*, que debía pertenecer á la sangre real. Los sacerdotes y augures no disfrutaban de gran valimiento en el imperio. La teocracia de los peruanos estaba personificada en la raza Inca, que se llamaba descendiente de su gran divinidad, cuya omnipotencia y majestad tremenda reflejaba. Creían en la inmortalidad del alma, y aun parece que hayan tenido ideas de la metempsícosis. De ahí su reverencia por los muertos, que conservaban exponiéndolos al aire de las montañas, y el cuidado en preservar de disolución el cadáver de los monarcas, (religiosamente cuidados en el gran templo del Cuzco); así como también, el sacrificio de las mujeres sobre la tumba de sus esposos y de los criados sobre la de sus señores. La sociedad estaba clasificada, la raza privilegiada componía el primer orden, el segundo era formado por los curacas, es decir, los soberanos ó caciques tributarios, y el tercero, por el pueblo. La plebe estaba dividida por decurias, que iban eslabonándose hasta formar las provincias sometidas á un virrey, perteneciente á los Incas. La nación se dividía además en cuatro grandes secciones, cada una de las cuales tenía su barrio designado en la capital, cuando sus vecinos concurrían á ella, y conservaban, lo mismo que toda tribu sometida, sus trajes peculiares. Los distintos magistrados que presidían estas subdivisiones, ejercían la administración judicial, pronunciando sus fallos sobre tablas y sin apelación.

Sus leyes eran sencillas y severas. La poligamia, permitida á los nobles, era prohibida al pueblo y todo delito cometido en este sentido era castigado con pena de muerte, así como el robo y el asesinato. El matrimonio era obligatorio á la edad de veinticuatro años y se contraía ante los magistrados, revistiéndolo así de un carácter sagrado, toda vez que el sentimiento religioso, fuente de la soberanía de los Incas y nervio de la constitución social, imprimía á los actos públicos, y principalmente á aquellos que entrañaban solemnes compromisos, este sello venerable, que si bien es salvador en la constitución de la familia, no por eso engendra menores males, cuando se le hace intervenir en todo género de relación entre los hombres.

La escasa ciencia del Perú era absolutamente inaccesible para el pueblo, y Garcilaso apoya esta ley en razones, muy convenientes sin duda para la corte de Felipe V, pero harto repugnante para los hombres de nuestra edad, á cuyos ojos el pueblo, árbitro y soberano de sí mismo, es el santuario vivo de la libertad, de la inteligencia y de la simpatía. La política de los Incas ofrece aún otro aspecto de originalidad, que debemos tomar en cuenta. No sólo destaca por la indomable ambición de las conquistas, sino también por el carácter de perseverancia que la caracteriza, y que constituía á cada monarca en el continuador sincero de los planes de su predecesor. A esta unidad de tendencias debieron acaso sus inmensos progresos en el camino aventurado de las conquistas, ninguna de las cuales